

Del lenguaje o de la levedad del ser (tontorrón)

Se ha hablado en estos días de cierto grupo de señoras que se han declarado a sí mismas jóvenes. Para la inclusión de una palabra en el DRAE no basta con señalar (jóvenes es esto [o esta], nosotras en este caso) sino que habría que definirla, encontrar otras palabras que, unidas, expliquen de forma inequívoca qué cosa es jóvenes. Si bastase con señalar, los académicos pertenecerían a la insigne y patafísica Academia de Lagado, lugar a donde arribó Gulliver empujado por las brisas de su maravillosa suerte, y donde ciertos sabios aspiraban a abolir por completo el lenguaje por el expeditivo sistema de acarrear en voluminosa mochila todos los objetos a los que podrían hacer alusión en un día, extrayéndolos de ella y señalándolos para entablar conversación ante otro individuo que, a su vez, se limitaría a extraer para señalar objetos de su propia mochila. No es así, para nuestra dicha (de lo contrario no sé de qué íbamos a vivir los letraheridos) y si inventamos una palabra habrá que definirla, de lo contrario podría darse el caso de identificar jóvenes con pedruscas, árboles, animalas o microbias. Para colmo, si prueba cada uno de ustedes, los lectores a quienes tanto aprecio y que tanto me aprecian, a pronunciar dicha palabra (sobre todo ante un espejo), observarán, no sólo su cacofonía (para lo cual no hacía falta el espejo porque bastará con escucharse a sí mismo, cosa de la que son capaces hasta los sordos), sino la cara de imbécil que se le pone a uno al articularla.

También han llegado a los estudiosos oídos de esta congregación patafísica granatensis las afirmaciones del mismo grupo de señoras que exige la eliminación del latín como materia de estudio por el escandaloso motivo de ser ésta, lengua machista. ¡Y no sólo eso!: ¡hay algo, si cabe, peor! Puesto a la faena un nutrido equipo de investigadores, armados cada uno de ellos de sendos (y al mismo tiempo grandes) diccionarios de latín en sus diversas ediciones, han observado horrorizados cómo es imposible decir en dicha lengua muerta (y mucho menos escribir), cosas tan elementales como e-mail (o correo electrónico), taking off (o despegar un avión) y hacer tracking (es decir, caminar despendoladamente entre peñascos, cascadas y neveros), o sea que además es lengua retrógrada, anticuada y seguramente reaccionaria. Para colmo, uno de dichos científicos, perdido por entre los vericuetos del diccionario que le tocó en suerte, tropezóse con la palabra bellum, de la que, sin duda, los perniciosos traficantes de armas debieron extraer Parabellum, nefasta pistola que, puesta en manos de algunos desaprensivos (aunque luchadores por la independencia de su país, noble propósito contra el que no tenemos nada que objetar), padece tendencia insuperable a posarse pacíficamente sobre la nuca de ciertas personas para de inmediato disparar produciendo

(incidentalmente, como efecto colateral) la muerte. ¡Es decir, que para colmo, el latín es lengua violenta!

¡Por la liberación del yugo latinista!, ¡sacudámonoslo pacíficamente pero con energía!, ¡entretengámonos, mientras tanto, en hacer un monumento a las distinguidas señoras (o jóvenes) con miga de pan u otro material más noble y que no encarezca las gramíneas!

Miguel Arnas Coronado